

ENRIQUE SÁNCHEZ NARVÁEZ



ENRIQUE SÁNCHEZ NARVÁEZ (Oruro, 1906) Profesor, escritor y periodista. Profesor de Lenguaje y Literatura en Oruro. Profesor de Historia del Arte, de Estética y Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes de la ciudad de La Paz. Miembro de la Casa de la Cultura del Educador. Miembro de la Asociación de Periodistas de Chile "Camilo Henríquez". Socio del Ateneo de Bolivia y de la Sociedad de Cultura Hispánica. Redactor y Crítico Literario de "La Razón" de La Paz. Publicó trabajos sobre pedagogía, poesía, crítica de arte, artes populares y folklore: "ARTE POPULAR BOLIVIANO", "PAISAJES Y EVOCACIONES REGIONALES", "ESENCIA Y PRESENCIA DEL ARTE BOLIVIANO" (Música, Coreografía, Literatura y plástica indígenas).

A la ciudad de la montaña

Con la voz herrumbrosa,
perdida en la caverna de los tiempos,
canto a tu rudo nombre de montaña
y de negros metales,
Ciudad Torreón de viento y de granito

Yo soy tu lengua y tu garganta,
yo tu ancho corazón de bruma
y tu dolido pensamiento;
quizá una voz que viene
por las grietas de un siglo
y se detiene en ríos verticales
y en éxtasis de cumbres.

En las torres del alba, enarbolo tu nombre
por tus hombres amargos que cabalgan
en los corcovos lentos del crepúsculo,
por aquellos que miran desde su noche absorta
y que me llegan tensos en el grito
y en la dinamita;
los que después se aniñan
en las rodillas de la muerte
con su otoño de moras en los dedos
y un mendrugo de ensueño entre los dientes.

Por tus ríos helados de estaño,
de tu pie sobre las fauces de la tierra;
por tus mares atónitos,
que se alejan amarillos, frustrados
para tornarse angustia en la distancia.

Hago miel de mi voz por las góticas manos
orantes en la ojiva del ocaso,
manos segadas por la luna de enero
junto al impúber tallo de la rosa.

Y también por aquellas engarfiadas
sobre la tierra avara,
porque yo sé que un día
brotarán en racimos fraternales.

Yo sé de tus espejos desvelados
en la bahá azul del horizonte,
de tu música inerme y desteñida
en los días de instinto deslumbrado.

Canto a tu frente de apretados cielos,
a tus sienas perdidas, a tu carne violenta
y a tus ásperas mieles.
Canto a tu fragancia vital y milenaria,
canto a tu nombre, a tu luz y a tu mirada.

A tus hombres asidos a la roca
en inútil espasmo de vida,
porque sé de la sombra que llega
en un hilo de plata, en la fibra del lino,
en el agua, en el aire, en el grito.

Quién te mira vencida,
Ciudad Torreón de espesos muros de tormenta,
no sabe que tú vives en el seno de la piedra,
en el claro verano del hombre,
en su esencia de acero rotundo,
en la sal, en el vino
y en el polen del sol que va al tiempo rendido.

No sabe que tú estás por encima
del que oculta la mano aguzada,
por encima del torvo, del famélico y zurdo,
y a pesar del que enluta las aguas,
del que acecha del fondo de su cordaje obscuro,
de su entraña vendida y sus luces robadas.

Mi voz de herrumbre
dirá de tu certeza en el urgente hoy
y en el mañana herrante,
sobre el arco del río, sobre el domo del alba
y a través de tus vientos de estaño.
Canto a tu dorada mocedad de mirlo
y también a tu luz y a tu lucero.